

El sistema de Fortificaciones en la Banda Oriental: Montevideo, Santa Teresa, San Miguel y Santa Tecla: 1762-1777

Juan Carlos Luzuriaga
Instituto de Profesores Artigas
luzuriaga50@hotmail.com

Estrategia y geopolítica en la América del siglo XVIII

Las fuerzas militares en América tenían como objetivo principal la soberanía del territorio. Sus posiciones fortificadas eran en la segunda mitad del siglo xviii parte relevante en esta estrategia que tenía características propias:

Una plaza que en este continente [Europa] se tendría con justo motivo por débil, estando expuesta a ser sitiada por numerosos ejércitos bien provistos, es muy defendible en América, donde los costos de las expediciones, la intemperie del clima, la facilidad con que los víveres se corrompen, los pocos recursos que proporciona el país para la subsistencia y las demás circunstancias locales dificultan mucho el buen éxito de una invasión.^{1 2}

La Banda Oriental tenía una posición geopolítica clave en el siglo xviii, entre las posesiones portuguesas y españolas. Se presentaba como la extensión lógica del virreinato del Brasil por el sur, que se estaba asegurando la posesión de Río Grande. Los beneficios de su ocupación eran varios. En el ámbito regional ello habilitaba a los lusitanos el ingreso a las cuencas de los ríos Uruguay y Paraná, además de servirles de enlace con la Colonia del Sacramento.

La estrategia defensiva de la corona española en el Río de la Plata se aplicó desde 1763, con la mejora del fuerte de San Miguel, la construcción en piedra de las fortificaciones de Santa Teresa y la erección de Santa Tecla, además de reforzar a Montevideo con murallas y bastiones. Se complementaba con el establecimiento de regimientos veteranos *fijos* apoyados por milicias además de la presencia de la Real Armada con naves e instalaciones.

Las rutas estratégicas: La Angostura y la Cuchilla Grande

Desde el sur del Brasil hacia la Banda Oriental había tres puntos de pasaje obligado. Uno de ellos, al sur, atravesaba un sistema de pantanos y barras de arena costera. Era el camino conocido al principio como *Castillos Grandes* y más tarde como *La Angostura*, sobre el océano Atlántico. El informe de un contemporáneo, Joaquín del Pino, revela la importancia del lugar:

Llaman a este sitio la Angostura, tal vez por ser un paso estrecho, preciso para venir del Río Grande a Maldonado y Montevideo, y para ir de estos allá; por cuya circunstancia se contempló muy útil su conservación.

Del Pino abundaba en la explicación:

Siempre se vea el Enemigo obligado a venir por este paso preciso desde el Río Grande pues el dar la vuelta por las sierras, bien sea para tomar por la espalda este paraje, para ir a Maldonado o a Montevideo se tiene [...] por moralmente imposible su ejecución; no solo por la

¹ Juan Marchena Fernández, *Oficiales y soldados en el Ejército de América*, p. 170. Cita carta de Gálvez, Aranjuez, 15 mayo 1779. AGI Santa Fe, 557-A.

² En las citas de documentos de la época se ha actualizado la ortografía.

considerable dista[n]cia], sino es que para el paso de Carruajes, Artillería y Demás efectos precisos, dan por imposible su logro.

Es evidente la importancia estratégica del lugar. Quien lo dominase poseía el mejor camino a Río Grande y a la Banda Oriental.

Otro de los pasajes obligados, al norte, era por la sierra del Tape, una continuación de la cuchilla Grande. Constituía el camino a los siete pueblos de las Misiones orientales. Estaba defendido por el puesto de San Martín y, en su momento, por los pueblos misioneros. Estaba en las cercanías de las fortificaciones de Río Pardo. Se conformaba por unas modestas construcciones y unas pocas piezas de artillería.

El último punto se hallaba por el centro de la cuchilla Grande, a la altura de la naciente del río Negro. En esa posición estaba emplazado el fuerte de Santa Tecla.

Tácticas y estrategias del siglo xviii

Durante el siglo xviii la estrategia de la mayoría de los generales se basaba en el desplazamiento de sus ejércitos a efectos de conformar una superioridad táctica que obligase al enemigo a retirarse, o a rendirse si estaba ubicado en una plaza fortificada. Se procuraba evitar las batallas, que debían librarse a corta distancia, debido al poco alcance de los mosquetes de la época, y resultaban entonces con grandes bajas para ambos bandos. El costo de mantenimiento de los ejércitos era muy alto, y se hacía muy difícil reponer las pérdidas tanto humanas como materiales. En cambio, un ejército operativo siempre era una amenaza. Normalmente se lo mantenía en acuartelamientos o en plazas fortificadas para emplearlo en el momento oportuno. En estas circunstancias buen número de los combates y batallas se producían entre fuerzas que mantenían el sitio a una plaza fuerte y los ejércitos que trataban de liberar a los asediados.

La guerra de asedio

Las fortificaciones que se erigían en el siglo xviii seguían en líneas generales el llamado *sistema Vaubán*. El nombre alude a un prestigioso ingeniero militar francés, Sebastián Le Presté, señor de Vaubán (1633-1707). Vaubán había estudiado cómo construir obras defensivas eficaces ante las armas de fuego. Mientras el castillo medieval tenía altos muros y torres para dificultar el asalto de la infantería enemiga, Vaubán concibió fortificaciones de relativamente poca altura y muy resistentes al fuego de artillería. Los vértices de estos fuertes estaban defendidos por *baluartes* en los que se colocaba artillería. Los baluartes se protegían entre sí, al tiempo que podían cruzar sus fuegos. Estaban unidos por un muro de piedra denominado *cortina*.

Algunas ciudades contaban también con un núcleo dentro de las fortificaciones: la ciudadela. Se ubicaba como un bastión de última resistencia.

Desde mediados del siglo XVII generales y artilleros comenzaron a estudiar con detenimiento el ataque a las fortificaciones. Vaubán había ganado también fama por su desarrollo de las técnicas de asedio. En principio, la primera medida que se tomaba era intimar la rendición y al mismo tiempo establecer trincheras en las cercanías de la ciudad asediada. Luego se establecerían nuevas posiciones protegidas, cada vez más cerca del objetivo. Uno de los elementos que se tomaban en cuenta era el agotamiento de víveres y pertrechos de los defensores, esperando su rendición.

Así, en el siglo xviii el ataque a una fortificación se había convertido en muchos sentidos una cuestión matemática. Siempre se podía estimar en días las posibilidades de defensa de una

guarnición. Los cuarteles y otros fuertes cercanos eran elementos clave para la construcción y la defensa de una posición.

En la estrategia de asedio lo ideal era rendir la plaza fuerte enemiga con las menores bajas propias posibles. De esa forma, la última decisión era el asalto. En ese caso se debía combinar la psicología con la acción. Para doblegar la voluntad del comandante de la fortaleza enemiga se le debía asegurar que su proceder era en un todo honorable, que no resultaba indigno entregar su fortificación teniendo en cuenta las fuerzas con que contaba y la resistencia que había opuesto.

Fortificaciones en América meridional

Fuerte de San Miguel

Los orígenes del fuerte de San Miguel, el más antiguo de la región del Plata, se remontan a 1734. En ese año Esteban del Castillo, alférez de los Reales Ejércitos, construyó con tepes —o sea, con tierra apisonada— una posición fortificada en las cercanías del arroyo San Miguel, en la Angostura. Luego de esta profundación sería el momento de los portugueses. En 1737 el brigadier José Da Silva Páez fue enviado por el gobernador de Río de Janeiro, Gomes Freire de Andrade, a auxiliar a Colonia del Sacramento. A fines de ese año se le ordenó que levantara fortificaciones en la región este. En lo que hoy es la barra de Río Grande, Da Silva Páez construyó un fuerte al que llamó *Jesús María y José*, y unos kilómetros hacia el interior, otra fortificación a la que denominó *Santa Ana*. Finalmente edificó un tercero en las proximidades del arroyo San Miguel, cuyo nombre tomó. Igual que el español, se construyó con tepes; abarcaba una superficie de tres mil metros cuadrados y tenía seis cañones. Posteriormente fue reedificado, en su ubicación actual, con piedra seca. Hacia 1740 ya tenía su configuración definitiva según el sistema Vaubán. Con un perímetro de 300 metros y a 35 metros de altura sobre el nivel del mar, estaba destinado a proteger y vigilar el paso conocido como la Angostura. Para 1762 tenía quince cañones y dos morteros; su guarnición contaba con cerca de un centenar de hombres.

Fortaleza de Santa Teresa

En 1762 el gobernador de Río de Janeiro, conde de Bobadela, destacó al coronel Tomás Luis Osorio para construir una nueva posición fortificada en la zona de la Angostura. Responsable de la construcción fue el ingeniero Juan Gomes de Mello. Ya iniciada la obra, en 1763 fue capturada por las fuerzas españolas. Santa Teresa era un pentágono irregular cuyo lado exterior más grande medía 151 varas. Los cinco baluartes, siguiendo la línea izquierda desde la puerta principal, eran San Juan, San Carlos, San Luis, San Clemente y San Martín. Contaba también con comandancia, capilla, cocinas, fraguas, cuadras para la tropa y enfermería.

Fortaleza de Santa Tecla

Otra fortificación construida en este caso por los españoles fue Santa Tecla. Se ubica por la cuchilla Grande, en lo que hace al centro y sur de la Banda Oriental. Es un cruce de cuchillas: elevación cercana a las nacientes del río Negro y el Pirai Mini. Esta ubicación fue elegida por ser fácilmente defendible al ser uno de los lados escarpado. Estaba ubicado a cien leguas de Montevideo, cerca de Bage, a unos 500 kilómetros. Fue un lugar señalado como importante y estratégico por quien fuera encargado del desalojo de las Misiones, Gaspar de Munive y Tello, Marqués de Valdelirios en 1755. En primeros días de 1774 el gobernador de Buenos

Aires, Juan José de Vértiz, decidió enfrentar los movimientos de los portugueses y saliendo en campaña ordenó construir Santa Tecla, comisionando al ingeniero Bernardo Lecocq. Era un fuerte tipo Vauban con foso, rastrillo y cinco baluartes. Por el portón de entrada y de izquierda a derecha del fuerte: San Miguel, San Agustín, San Francisco, San José y San Juan Bautista. Su aspecto recuerda en algunos sentidos a Santa Teresa. Contaba con Capilla, pabellón de oficiales, cuartel para la tropa, hospital y almacenes.

Ciudadela de Montevideo

Para 1730 Montevideo ya se constituía como vigía de España en el Plata. A la muralla que formaban con su sola presencia sus moradores se decidió agregar fortificaciones. En octubre de 1741 se inició la construcción de la Ciudadela. No estaba en el lugar previsto originalmente, sino en uno harto desfavorable, dominado por una colina cercana. Recién en 1770 los informes oficiales comenzaron a reconocer lo mal ubicado que se encontraba. La obra se dio por terminada en 1780. Sus muros se elevaban unos nueve metros de altura y tenían seis metros de espesor. Contaba con unas cincuenta piezas de artillería distribuidas en cuatro baluartes: San Felipe, Santa Isabel, San Fernando y Santa Bárbara. Sus instalaciones incluían alojamiento para diez compañías de infantería, capellanes, oficiales, comandante y gobernador de la plaza fuerte. Estaba provista de dos aljibes y embalses exteriores cercanos, cubiertos por el tiro de mosquete, para el suministro de agua. Contaba también con depósitos para víveres y pertrechos, polvorín y hospital. La defensa de la ciudad se completaba con todo un perímetro amurallado y varios bastiones.

Fuerzas regulares y milicianas españolas, 1762-1777

El reinado de Carlos III (1759-1788) señaló una nueva impronta en la temática militar por su preocupación por los dominios americanos.

En 1758 la corona tenía 40 regimientos con unos 90 batallones, varios extranjeros: italianos, irlandeses, valones y suizos. Por esos años el uniforme de la infantería española constaba de casaca, calzón y chaleco en general blanco.

Las Milicias se formaban con los vecinos. Montevideo no fue la excepción. Debían vigilar la frontera ante la presencia siempre inquietante de indios y portugueses. Los primeros antecedentes de milicias en la Banda Oriental se remontan a 1730 con la creación de la Compañía de Caballos-Coraza. Posteriormente se formaron otras unidades tanto de infantería como de caballería. Estas formaciones de vecinos poco adiestradas eran solo aptas para el reconocimiento en el caso de las montadas y la defensa de fortificaciones en las fuerzas a pie. Cuando empleaban uniforme este era en general de casacas y calzas azules.

Una de las características de las operaciones de los ejércitos expedicionarios en América era el gran espacio en que debían desplazarse las fuerzas. En el caso de los contingentes españoles en el sur del continente, el teatro de operaciones abarcaba desde la Colonia del Sacramento hasta el Río Grande de San Pedro, a miles de kilómetros de distancia. El terreno era muchas veces inhóspito y con pocos centros poblados, por lo cual los contingentes debían en parte autoabastecerse. Distancias largas y clima llevaban a que las bajas por enfermedad fueran muchas, a veces más que las que se producían en batalla. Con frecuencia esto hacía necesario dotar de carros y animales a la mayor parte de las tropas, incluso las de infantería. Esas grandes distancias significaban una gran exigencia el abastecimiento, si bien en las comarcas del Río de la Plata proveerse de carne era bastante sencillo. Un pago a proveedores de los Reales Ejércitos evidencia esas necesidades: carne salada, tocino y varios barriles de «vino

blanco de España», junto con aguardiente, para enviar a las fortificaciones de Santa Teresa y San Miguel.³

La guerra de 1762 y 1763 en América Cevallos en Colonia

En 1760 el gobernador de Buenos Aires, don Pedro Antonio de Cevallos, se propuso limitar la expansión de Colonia del Sacramento, que en marzo de ese año recibía a un nuevo gobernador portugués: el brigadier Vicente da Silva da Fonseca. El año siguiente, España firmó con Francia su tercer Pacto de Familia, uno de cuyos acuerdos establecía que Portugal debía cerrar sus puertos a las naves inglesas. Esto fue rechazado por el gobierno lusitano. El 4 de enero de 1762 Gran Bretaña declaró la guerra a España, que hizo lo propio el 15 de ese mes. Esto decidió a Cevallos a atacar Colonia y tomarla sin demora. Luego de varios combates, el 30 de octubre Silva da Fonseca aceptó la oferta de capitulación.

Desde Colonia, el 15 de noviembre Cevallos elevó una propuesta para la defensa de la Banda Oriental. Proponía establecer una serie de guarniciones en Colonia, Maldonado y Montevideo subordinadas militar y políticamente al gobernador de Buenos Aires. Su objetivo era formar un sistema defensivo en el Río de la Plata para enfrentar las pretensiones portuguesas y británicas.

Todavía en Colonia, el día de Reyes de 1763 Cevallos derrota a una flotilla anglo-portuguesa y sus fuerzas de desembarco ocasionándole grandes pérdidas.

La Ofensiva al este. Ocupación de San Miguel y Santa Teresa

Rechazada la expedición anglo-portuguesa Cevallos decidió a su vez avanzar hacia el este. A quinientos kilómetros de Colonia estaba Santa Teresa, y cincuenta más al este, San Miguel, ambas posiciones fortificadas portuguesas en la Angostura del Chuy, en el sureste de la Banda Oriental.

Dejando setecientos hombres de guarnición en Colonia, Cevallos se dirigió estos nuevos objetivos. El 19 de marzo de 1763 se inició la marcha del ejército de Colonia rumbo al este. Cevallos se desplazaba en la vanguardia con 300 dragones. Luego de 80 leguas de marcha —unos 350 kilómetros—, a fin de mes llegaron a San Fernando de Maldonado. Tras reiniciar la marcha y ya cerca de la Angostura, Cevallos ordenó que las fuerzas se ocupasen de poner a punto sus armas, uniformes y pertrechos.

El 8 de abril de 1763 Cevallos reemprendió la marcha con 1700 hombres divididos en dos columnas. Al frente iba un contingente de 150 hombres a cargo del capitán Alonso Serrato. Seis días después llegaron al arroyo de Castillos Grandes. Nuevamente se ordenó que las fuerzas se prepararan para la acción y realizaran fajina, es decir, acondicionaran el campamento para tener ciertas defensas y no ser sorprendidos por el enemigo. Con haces de ramas obstaculizaron entradas y cegaron posibles trincheras enemigas.

Ya en plena Angostura avanzaron en formación con las armas dispuestas y el 17 de abril establecieron campamento a orillas de la laguna Negra, ya a la vista de las posiciones fortificadas portuguesas de Santa Teresa, que consistían en trincheras y un fuerte construido en la colina más elevada entre la laguna y el mar. El día 18 Cevallos dispuso que sus soldados se

³ Ruben Álvarez: «Montevideo y la expedición de 1777», en *Boletín Histórico del Ejército*, n.º 327-330, p. 23.

prepararan, combinando milicias con tropas regulares. Ordenó que se marchara sin tocar tambores, para no alertar a los portugueses. También estableció el carácter de la acción:

[...] se previene que hasta que yo lo mande, no se da cuartel, sino que obrando con la bizarría que es propia de la nación española, lo lleven todo al filo de la espada.⁴

La guarnición de Santa Teresa, constituida por 700 hombres, estaba a cargo del coronel de dragones don Tomás Luis Osorio. El núcleo principal eran 300 dragones de Río Pardo, regimiento al mando de Osorio. A ellos se sumaba un grupo de ordenanza de infantería, parte de la compañía de caballería del capitán Domingo Martins y compañías de aventureros.

Decidido a resistir, Osorio ordenó una salida ese mismo día 18 para sorprender a los españoles e inutilizar sus cañones más próximos. Al mando del capitán Juan Alves Ferreira, 400 hombres se dirigieron a las posiciones españolas. Intentaban sorprender, pero fueron sorprendidos por una columna de caballería enemiga. Aunque llegaron a efectuar cuatro disparos de cañón con las dos piezas que llevaban, los portugueses fueron dispersados y se retiraron en desorden a sus posiciones. Por la tarde, ante la desesperación de Osorio, los milicianos y aventureros portugueses comenzaron a desertar, a pie o montados. Finalmente quedaron sólo los dragones de Río Pardo y una veintena de oficiales. El 19 de abril, vista la imposibilidad de resistir, Osorio se rindió junto con un sargento mayor, cinco capitanes, dos tenientes, tres alféreces y nueve oficiales de graduación no determinada, posiblemente de milicias.

La fortaleza fue ocupada por un destacamento bajo las órdenes del capitán Francisco Bruno de Zabala. Fueron tomados 18 cañones, 81 barriles de pólvora y más de 2500 balas de artillería. Además se capturaron dos estandartes y una bandera del regimiento de Dragones.

Tomada Santa Teresa, el capitán Alonso Serrato fue nuevamente encargado de la vanguardia y se dirigió a San Miguel. A instancias de Cevallos, solicitó la rendición a discreción del fuerte y advirtió a sus defensores que, si no aceptaban la intimación, el comandante y la guarnición serían pasados por las armas. El jefe de San Miguel, capitán Alves Ferreira, se rinde con 70 hombres, una bandera, 15 cañones, fusiles y 100 quintales de pólvora. Los prisioneros, divididos en dos contingentes fueron enviados a Maldonado.

Prosiguió el ejército español su marcha al norte y el 24 de abril llegó a Río Grande con tres destacamentos, a cargo del capitán José Molina y los tenientes Joaquín Morote y Francisco de Piera. Eran medio millar de hombres que sin resistencia ocuparon el puerto de Río Grande, tras atravesar el canal y dominar sus dos márgenes. Conocedor de estos hechos, Cevallos desde las fortalezas se trasladó a Río Grande, adonde arribó el 10 de mayo.

Paralelamente Cevallos decidió terminar la construcción de la fortaleza de Santa Teresa. Para ese cometido envió al ingeniero Howell, quien le daría el punto final.

Las tropas portuguesas en retirada habían dejado abandonadas numerosas familias la mayoría azorianas. Éstas, junto con unos pocos vecinos españoles, fueron invitadas por Cevallos a constituir un nuevo centro poblado. Se establecieron en un lugar estratégico ubicado a pocos kilómetros de Maldonado. Para el 1.º de agosto de 1763 ya se había iniciado el establecimiento de la villa de San Carlos.

Guerra sorda en el Sur de América

La campaña de Cevallos había llegado hasta Río Grande, villa que los ocupantes encontraron abandonada por buena parte de sus moradores. Allí se establecieron destacamentos españoles. En Portugal, Sebastián José de Carvalho e Melo, conde de Oeiras y marqués de Pombal,

⁴ Citado por Horacio Arredondo, *El Fuerte de Santa Teresa*, 2.^a edición, Montevideo, 1965, p. 132.

decidió iniciar una “guerra sorda” —lo que hoy llamaríamos *de baja intensidad*— contra los territorios hispanoamericanos en Río Grande y Chiquitos en el Mato Grosso.

En mayo de 1767 se decidió retomar la villa de Río Grande. Luego de construir una pequeña fortificación se atacaron las posiciones españolas con medio millar de soldados. Luego de unos combates para junio y vista la superioridad enemiga, el destacamento español se retiró abandonando la posición. De esta forma los portugueses retomaron la banda septentrional del Río Grande.

Combate de fortalezas: Santa Tecla y Río Pardo: Las operaciones de 1773

El nuevo gobernador de Buenos Aires, don Juan José de Vértiz y Salcedo, reclamó a Río de Janeiro el abandono de la margen norte del Río Grande —la conquistada por el coronel Figueredo— y también el de un puesto avanzado ubicado a orillas del río Camacué. Dada la falta de respuesta de los lusitanos, Vértiz decidió recobrarlos por la fuerza atacando Río Grande del Sur.

El 7 de noviembre de 1773 el gobernador Vértiz marchó hacia el nordeste con un pequeño contingente. Se desplazó hasta la región de la cuchilla Grande, en la comarca donde posteriormente surgiría la ciudad de Bagé, para construir una posición defensiva. El diseño y la obra de lo que sería el fuerte de Santa Tecla se encargó al ingeniero don Bernardo Lecocq. Al mando de la guarnición quedó el capitán Luis Ramírez.

Vértiz se dirigió entonces a Río Grande y sitió la fortaleza de Río Pardo, que estaba defendida por cuatrocientos hombres a cargo de Figueredo. Los españoles incluían un destacamento de indios misioneros. El 2 de enero de 1774 este contingente fue sorprendido por otro portugués al mando del sargento mayor don Rafael Pinto Bandeira en las cercanías de la margen izquierda del arroyo de Santa Bárbara. Fueron hechos prisioneros el comandante, tres oficiales y 80 milicianos. Además, fueron capturados 1200 caballos, 300 mulas de carga y 100 bueyes de tracción. Mientras tanto, Vértiz había derrotado a la guardia de Piquirí, defendida por el capitán Miguel Pedroso y continuaba el sitio de la fortificación de Río Pardo.

Combate de Tabatingá

Las unidades de Rafael Pinto Bandeira, Cipriano Cardozo y el capitán José Carneiro da Fontoura formaban una fuerza de guerrillas que hostigaban continuamente a los españoles. Una y otra vez se enfrentaron con éstos explotando al máximo su conocimiento del terreno. El 14 de enero Pinto Bandeira preparó una emboscada a las fuerzas españolas, las que fueron derrotadas en el combate de Tabatingá.

Enterado de la derrota, Vértiz decidió retroceder a la villa de Río Grande y desde ahí continuó la retirada hacia la Banda Oriental.

Ofensiva portuguesa en Río Grande: 1775-1776

Sumando fuerzas

Las rispideces entre Gran Bretaña y España fueron aprovechadas por Portugal para recuperar el sur de Río Grande. El teniente general don Juan Enrique Böhm fue nombrado comandante de todas las fuerzas. Desde Santa Catalina se dirigieron a Río Grande, donde en enero de 1775 se establecieron con fuertes guarniciones en la margen norte del canal de Río Grande, Porto Alegre y Río Pardo. Al mismo tiempo se alistaron milicias para complementar las tropas regulares.

También se reforzó la presencia naval. El ministro de Colonias y Marina, Martín de Mello e Castro, formó una escuadra al mando de un irlandés, Robert Mac Douall.

Conquista de San Martín y Santa Tecla

Bajo el liderazgo de José Custodio de Sá e Faria, gobernador de Río Grande, los portugueses se decidieron a reconquistar los territorios del sur ocupados por España.

El primer objetivo portugués fue el pequeño destacamento de San Martín, ubicado en la sierra del mismo nombre, que separa dos ramales de los ríos Ibicuy y Jacuy. La posición era un puesto avanzado con unos pocos cañones y unos cuarenta hombres.

El ataque luso brasileño fue conducido por un veterano combatiente de la región, Rafael Pinto Bandeira, al mando de unos 150 milicianos y una compañía de granaderos de dragones. Pinto Bandeira, conocedor de la zona, llevó sus fuerzas por la parte posterior de la posición española, una zona cubierta de matas y árboles a lo largo de unos quince kilómetros. El 31 de octubre de 1775 irrumpió por la retaguardia del pequeño destacamento español, al que forzó a rendirse. Destruida la posición, Pinto Bandeira regreso a Río Grande.

El siguiente objetivo sería por razones estratégicas el fuerte de Santa Tecla, ubicado en la cuchilla Grande. Vértiz, enterado de la pérdida de San Martín, reforzó Santa Tecla con un contingente de pertrechos enviado desde Montevideo que arribó el 28 de diciembre de 1775. El refuerzo no pasó inadvertido para los portugueses, quienes designaron a Rafael Pinto Bandeira para el ataque. Las fuerzas lusitanas estaban formadas por cerca de setecientos hombres.

Santa Tecla fue sitiada el 28 de febrero de 1776 por Pinto Bandeira, quien intimó la rendición. Los defensores la rechazaron. La guarnición del fuerte estaba al mando del capitán Luis Ramírez no llegaba a doscientos hombres. Desde ese día los portugueses comenzaron a hacer ataques exploratorios a Santa Tecla. Pinto Bandeira intentó asaltar por sorpresa la fortaleza el 10 de marzo, pero desistió de su ataque tras ser descubierto.

Pese a su disposición para la defensa, Ramírez comprendió que la distancia que lo separaba de los destacamentos españoles más próximos no le permitiría recibir refuerzos y el 24 de marzo decidió rendirse con honor. Los españoles se retiraron a tambor batiente con las banderas desplegadas, armas, un cañón pedrero, carretas y caballos. Los portugueses se habían comprometido a cuidar los heridos y enfermos que no podían trasladarse. Santa Tecla fue ocupada y destruida en el mismo día.

Ataque a la villa de Río Grande

Para recuperar la villa de Río Grande, el teniente general Juan Enrique Böhm se dirigió al sur con 6000 hombres. Incluía unidades traídas de Portugal y estaría apoyado por la escuadra de Mac Douall. Luego de algunos combates se dio un ultimátum a las fuerzas defensoras. Estas que poco podían hacer dada la diferencia numérica, abandonaron la villa de Río Grande en la madrugada. La mayor parte de las guarniciones españolas se reagrupó en la fortaleza de Santa Teresa, en la Angostura.

La expedición de Pedro de Cevallos y el Tratado de San Ildefonso

Informado de la situación en el sur de América, Carlos III decidió enviar una expedición militar. La misión fue encomendada al capitán general Pedro de Cevallos, nombrado primer virrey del Río de la Plata. La fuerza destinada a enfrentar a los lusitanos constaba de unos diez mil hombres, los que serían escoltados por una flota de seis navíos y siete fragatas al mando del marqués de Casa Tilly.

El 13 de noviembre de 1776 zarpaba de Cádiz la fuerza conjunta. El 15 de febrero se avistó la costa del Brasil y el 18 se vieron a la distancia naves enemigas.

El primer objetivo de la escuadra española era la isla de Santa Catalina. En las cercanías estaba la flotilla de Mac Douall, con 5 navíos, 2 fragatas y 2 mercantes artillados. Sintiendo menor en fuerzas Mac Douall se alejó. Sin oposición naval, en la noche del 22 las fuerzas desembarcaban al norte de la isla. En pocos días los defensores fueron reducidos. Las fuerzas de Cevallos tomaron 3816 prisioneros, 195 cañones y 4000 mosquetes.⁵ Ya en el Río de la plata decidió enviar refuerzos a Vértiz mientras la defensa de Santa Teresa se complementaba con doce cañones de 21 libras y doce de 12 libras enviados en carros. A continuación se decidió a conquistar Colonia, la que capituló el 4 de junio.

El 11 de junio de 1777 el rey de España dirigía una carta al virrey del Río de la Plata en la que le ordenaba cesar las hostilidades. En ella expresaba:

[...] he convenido ahora con la reina Fidelísima mi amada sobrina en una entera cesación de armas que pasa desde luego que recibáis esta mi Real cédula se acaban absolutamente de presente y de futuro las hostilidades y toda efusión de sangre.⁶

El 1.º de octubre, España y Portugal firmaban el Tratado de San Ildefonso. En lo medular otorgaba a España la Colonia del Sacramento y las Misiones jesuíticas orientales del Paraguay. A cambio, Portugal conservaría Río Grande de San Pedro y recuperaría la isla de Santa Catalina.

Conclusiones

Las campañas de Cevallos pueden encuadrarse en el tipo de campañas militares características del siglo XVIII en Europa: grandes desplazamientos de fuerzas de tierra e incluso flotas, sitios en forma y regla, atención a numerosos aspectos formales y cortesía militar.

Había, sin embargo, diferencias apreciables entre estos eventos americanos y los que sucedían en el viejo mundo. Una de ellas era la distancia de los centros de poder: 10 000 millas por mar, que insumían por lo menos cuatro meses y medio de navegación en el océano Atlántico. Otra era el número de las fuerzas enfrentadas: en América, unos centenares de hombres de más o de menos resultaban decisivos para afianzar o perder una posición. Con pequeños contingentes se podía conquistar inmensos territorios que luego había que controlar. Esto era igual para portugueses y españoles. Al mismo tiempo, alejarse tanto de lugar de asentamiento era una experiencia arriesgada. Debe tenerse en cuenta también que todos estos desplazamientos se hacían principalmente por las zonas costeras, naturalmente las más pobladas; no obstante, en la segunda mitad del siglo XVIII se podía marchar días y días por la costa de la Banda Oriental y del sur del Brasil con muy esporádicos encuentros con habitantes.

Para 1777 parece claro que las áreas de influencia de ambas coronas estaban delineadas. Lo que es hoy Río Grande y Santa Catalina estaban firmes en manos portuguesas. Las resolutivas expediciones de Cevallos en 1763 e incluso la de 1777 apoyada por una enorme flota y un formidable ejército no podían revertir una realidad incontrastable. Ese territorio estaba ya poblado extensamente por Portugal. Era inviable geopolíticamente dar vuelta esa realidad. España no tenía los recursos para hacerlo y posiblemente ningún otro estado europeo de la época. Una cosa es trasladar y asimilar un puñado de pobladores, como sucedió en San Carlos,

⁵ Julio Albi: *La defensa de las Indias*, Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, Ediciones de Cultura Hispánica., 1992, p.148.

⁶ Enrique M. Barba: *Don Pedro de Cevallos*, Buenos Aires: Rioplatense, 1978, p. 264.

y otra es miles y miles como podía ser en Santa Catalina. Para no hablar de los costos de defensa y guarnición de las correspondientes fortificaciones. Al mismo tiempo las fortalezas de San Miguel y Santa Teresa demostraron estar demasiado alejadas de los centros de gravitación de Portugal en Brasil: Rio de Janeiro, Santa Catalina e incluso Rio Grande. Eran testimonio de las expectativas portuguesas de extenderse hacia el Río de la Plata; no obstante se constituyeron en mojones del sistema defensivo español. Esta situación se extiende a Colonia del Sacramento pese a que acreditaba más de noventa años de presencia lusitana. Las posesiones españolas enclavadas entre ésta última y Rio Grande: Montevideo y Maldonado la hicieron inviable para 1770. El Tratado de San Ildefonso reconocía estas realidades.

Más allá de determinismos geográficos y geopolíticos debemos reseñar el papel gravitante del individuo que a veces fuerza o modifica situaciones. En este plano debemos considerar el papel que desempeñaron Pedro de Cevallos como político, estratega y militar; mientras que en filas portuguesas cumplieron en acciones menos destacadas Silva Páez y Rafael Pinto Bandeira. De hecho y en perspectiva ambos imperios coloniales en el transcurso del siglo XVIII afianzaron sus dominios en la ribera y pocos kilómetros tierra adentro de esa América meridional despoblada. Los españoles en la costa norte del Río de la Plata y los portugueses en Rio Grande.

Paralelamente, la creación del virreinato del Río de la Plata permitiría conservar mejor unas tierras que cada vez tenían mayor importancia. El virreinato significó la maduración de la presencia española en el sur de América. La solidez de sus estructuras, al menos para enfrentar ataques del exterior, quedaría demostrada con la exitosa defensa ante las invasiones inglesas de 1806 y 1807.

Bibliografía

Libros

Albi, Julio: *La defensa de las Indias (1764-1799)*, Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, Ediciones Cultura Hispánica, 1992.

Álvarez Massini, Ruben, y Alfredo Sansón: *Notas sobre el Ejército Español en la Banda Oriental*, Montevideo: Departamento de Estudios Históricos del Ejército, 1978.

Arredondo, Horacio: *El fuerte de Santa Teresa*, 2.^a edición corregida y aumentada, Montevideo, 1965.

Barba, Enrique M.: *Don Pedro de Cevallos*, Buenos Aires: Rioplatense, 1978.

Beverina, Juan: *La expedición de don Pedro de Cevallos (en 1776-1777)*, Buenos Aires: Rioplatense, 1977.

Campaña del Brasil. Antecedentes coloniales, tomo iii, Archivo General de la Nación, Documentos, Serie dirigida por Ismael Bucich Escobar, Buenos Aires: Kraft, 1941.

Estado Maior do Exército: *Historia do Exército Brasileiro*, Brasilia y Río de Janeiro, 1972.

Estado Mayor del Ejército: *Fortaleza Santa Teresa*, Montevideo: Estado Mayor del Ejército, Departamento de Estudios Históricos, 1976.

Jørgensen, Christer, et al.: *Técnicas bélicas del mundo moderno, 1500-1763. Equipamiento, técnicas y tácticas de combate*, Madrid, libsa, 2007.

Levene, Ricardo: *Historia de la Nación Argentina*, 2.^a edición, tomo 4, Buenos Aires: El Ateneo, 1940.

Luzuriaga, Juan Carlos: *Las Campañas de Cevallos y la defensa del Atlántico Sur 1762-1777*, Madrid, Ediciones Almena, 2008.

Marchena Fernández, Juan: *Oficiales y soldados en el Ejército de América*, Sevilla: CSIC, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1983.

Téllez Alarcia, Diego: *La manzana de la discordia*, Montevideo: Torre del Vigía, 2006.

Revistas

Olivero Orecchia, José María: «Una llave estratégica de la Banda Oriental: Santa Tecla», en *Boletín Histórico del Ejército*, Nro. 294-297, Montevideo, 1997.

Vega Castillos, Uruguay: «La marcha de Cevallos por las tierras del Este (1763)», en *Boletín del Departamento de Estudios Históricos del Ejército*, 287-290, Montevideo, 1993.

Álvarez Massini, Ruben: «Montevideo y la expedición de 1777», en *Boletín Histórico del Ejército*, Nro. 327-330, Montevideo, 2006.